

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIODICOS

Esta vez, estas ilustraciones no son nuestras sino de SAINT GILLES. Por su gran interés actual las hemos tomado de L'HOMME NOUVEAU, núm. 557 del 5-IX-1971 y se refieren a la polvareda periodística levantada por el artículo que el académico francés Maurice Druon había publicado en LE MONDE del 14 de agosto, con este título:

"UNA IGLESIA QUE SE EQUIVOCA DE SIGLO"

Louis Salleron comentó con moderación este artículo en CARREFOUR del 25 de agosto de la siguiente manera:

«Maurice Druon se ha situado como católico del exterior, casi incrédulo pero vinculado a todo lo que la Iglesia representa. Se ha colocado en un punto de vista cultural, sociológico y patriótico. Para él, la Iglesia forma parte de nuestra civilización, según una imagen que han fijado los siglos. Suministra unas «certidumbres del pensamiento» y unas «certidumbres de conducta». Desde este punto de vista es aceptada por todos, y finalmente se comprueba que su aportación ha sido tan grande que, «socialmente hablando», nuestra actual sociedad es más cristiana que nunca. Pero es éste el momento que escogen los clérigos para hacerse revolucionarios y «contestar» a la sociedad. Ciertamente: «La Iglesia se equivoca de siglo.»

»Este punto de vista positivo, y hasta positivista, ha suscitado la indignación de numerosos cristianos que la han manifestado francamente al autor. Han expuesto unos puntos de vista exactamente contrarios, lo cual permite hacerse una idea de la confusión que reina hoy día en los espíritus acerca de las cuestiones religiosas.

»No nos agradó la lectura del artículo de M. Druon. Tanto lo que dice de cierto como de falso no es agradable de oír. Con todo, nos alegraríamos de que este artículo lo leyeran el Papa y los obispos y se dieran así cuenta de cómo el desorden que reina en la Iglesia afecta, incluso, a los que no lo sufren como cristianos sino como hombres.

»Porque este artículo tiene más de verdadero que de falso.»

No es ésta, precisamente, la opinión del director de LA FRANCE CATHOLIQUE. En efecto, Luis-Enrique Parias escribió el 13 de agosto:

«Se percibe bien, aquí, la herejía fundamental que el agnóstico, admirador de la Iglesia, ¡padece siempre! Para él, la Iglesia

es un aparato que hace cristalizar en las sociedades un equilibrio que se enriquece con los siglos y que en ningún momento debe discutirse. Se comprende, pues, que el personal de este aparato sea criticado e incluso perseguido por ese agnóstico. Pero, no obstante, aquel elemento de cohesión, ofrecido por la Iglesia, seguirá siendo indispensable.

»Sabemos que semejante visión de la Iglesia es una mentira.»

En LA CROIX del 15 de agosto, Joseph Majeau tampoco se muestra blando:

«M. Maurice Druon pertenece a la raza de quienes no juzgan más que por su imaginación, y se dedican a presentar la verdad, no tal cual es, sino tal como la conciben o sueñan. Yo hubiera deseado vivamente, por ejemplo, que antes de intentar un juicio fantástico de ciertas jerarquías culpables, según él, de congraciarse desde ahora con las potencias de mañana, se hubiera informado cerca del Papa actual, de quien se complace en pensar que debiera haber sido elevado al pontificado unos cuantos años antes.

André Mandouze, en LE MONDE del 14 de agosto, quizá acierta a indicar la clave de esas muestras de indignación. Describe así el artículo de M. Druon:

«Todo es recogido en él. Insinuado o denunciado, se halla en él cuanto en estos últimos tiempos se encontraba disperso en hojas volanderas o bajo diversas formas y con unas dosis de integristismo más o menos diluidas. El estado de degradación general de la Iglesia; el escándalo de un clero que ya no trata de ser una autoridad capaz de hacer que se le respete, sino que «se despoja de todo signo distintivo»; la insubordinación de los sacerdotes; la renuncia a los esplendores de los ornamentos y de los santuarios; las innovaciones litúrgicas (misa en francés corriente, altar de cara al pueblo, intrusión de la guitarra en el ámbito reservado al órgano...); y, por supuesto, la colusión con el comunismo.»

Las dosis de integristismo... ¡He ahí, quizá, las palabras reveladoras! Tanto más cuanto que, después de sus definiciones, Mandouze dibuja el perfil de los hombres:

«En primer lugar, es cierto que este valiente fragmento no se ha hecho para molestar a los «silenciosos de la Iglesia» que estiman que no les ha faltado un portavoz. Llegado el caso, los servicios de un académico pueden resultar tan valiosos como los

de un cardenal. Tanto más cuando, en este caso, la armonía parece singularmente establecida: porque cuando uno se declara, aunque sea en plural, de acuerdo con «unos preladados del más alto rango y no del más estrecho espíritu», todo el mundo piensa que inevitablemente se refiere al mismo Cardenal, estando o no de acuerdo.»

A lo cual, Salleron replica en CARREFOUR:

«¡He ahí, pues, al cardenal Danielou! (¿por qué no nombrarlo si está tan claramente señalado?)

»Con todo, extraña la «armonía preestablecida». No se sabe que el cardenal haya tenido un largo pasado de integrista y de colusión con la derecha que le predispusiese a justificar al académico. Ni siquiera cabe imaginar que los cuarenta años que ha pasado familiarizado con Orígenes y con Tertuliano, le hayan podido dotar de unos hábitos espirituales de fijismo teológico y de conservadurismo político.

»Este punto debiera de haber requerido la atención de Mandouze. Si el cardenal Danielou deplora y denuncia el desorden que sufre la Iglesia, hay que pensar objetivamente que le preocupa la Iglesia y no la V República.

»Lo decimos de él, porque es el único intencionadamente señalado y porque su caso ilustra maravillosamente la falsedad de la posición de Mandouze. Naturalmente esto es también cierto para los otros: Cuando los «silenciosos de la Iglesia» luchan por el bautismo de los niños, ciertamente no se percibe qué relación puede establecerse entre ese combate de la Fe y la defensa de la Ley.

»Por otra parte, las antiguas clasificaciones de la política están hoy en día completamente periclitadas. Y si uno solamente trata de limitarse a distinguir entre quienes quieren la Revolución y los que se esfuerzan por preservar de ella a la sociedad, observa que entre estos últimos los hay de todos los colores. No es, pues, nada de extrañar que quienes luchan contra la Revolución en la Iglesia resulte que, al mismo tiempo, están luchando contra la Revolución en la sociedad. La quiebra de las estructuras y la disolución de las costumbres afectan conjuntamente a la sociedad eclesíástica y a la sociedad civil. Así, pues, el rechazo del caos crea entre las gentes de los más diversos orígenes una cierta actitud común que sólo puede ser tachada de legalista en un juego fácil pero mendaz.

»Porque a quienes tratan hoy en día de impedir el hundi-

miento de la Iglesia les mueve únicamente la FE, aunque ésta sea muy discreta y no confesada. Incluso cuando es ignorada, puede discernirse a través del conjunto de los valores confesados, tras de los cuales está comprometida. El nombre de Peguy resume bien, a este respecto, la actitud profunda de innumerables franceses. Su actitud es la misma, vista a sesenta años de distancia, que le llevó a escribir el «misterio de la caridad de Juana de Arco», o a ir en peregrinación a Chartres. ¿No era la Fe? O ¿acaso era la Ley? Bien se puede llamar cristianismo «sociológico» a ese cristianismo del «umbral». Pero, al menos manifiesta una empeñada voluntad en pertenecer a aquello de lo se tiene la plena conciencia de hallarse fuera. Tal vez, en esta actitud, se percibe mejor aquello que se está perdiendo en la Iglesia, porque a distancia sólo se percibe lo esencial.

»En cuanto a que esto sea integrista... el común de los mortales no es apenas sensible más que a los RITOS y a las COSTUMBRES en la religión. El barullo litúrgico, las jovencitas en minifalda y los curas que acaparan la atención mundana con sus bodas, en modo alguno son considerados como manifestaciones de un Espíritu Santo que sople fuertemente.»

LA PUNTUALIZACIÓN DEL CARDENAL DANIELOU.

Emplazado por Mandouze, el cardenal Jean Danielou ha escrito, en LE MONDE del 24 de agosto, un artículo que en mi modesta opinión, pone punto final al debate. Por su fuerza. Por sus matices. Por su prudencia.

Vuelve a considerar, una por una, las tesis de Maurice Druon: La primera es que, en el momento en que la insuficiencia de la ciencia se hace evidente, muchos hombres de la Iglesia se desvían de lo sagrado.

«Es precisamente en este momento cuando un viento secularizador sopla sobre la Iglesia. Sus teólogos descubren la muerte de Dios y no se ocupan más que del hombre. La adoración, la contemplación, la oración, han sido despreciadas y el Evangelio les conduce únicamente al amor del prójimo. Para ellos: Cristo ya no es el gesto de Dios buscando al hombre para introducirle en la vida divina, sino únicamente aquel que amó a los pobres, luchando contra la injusticia, liberando los oprimidos. El sacerdote ya no quiere ser el testigo de un Dios en el que cree, por el que nadie se interesa ya, y trata de readaptarse en la Universidad, en la administración, en los negocios. Se estima que no sirve para nada construir iglesias en las ciudades modernas y que el dinero que se

hubiera dedicado a ellas estaría mejor empleado en el Brasil o en el Pakistán.

»La Iglesia, por consiguiente, resultaría así con un siglo de retraso. Era, hace un siglo, en el momento en que la ciencia tomaba su mayor impulso, cuando hubiera debido de tomar en serio los problemas que ésta le planteaba, y revisar en sus enseñanzas lo que proviniese de representaciones míticas. Era en el momento en que la sociedad industrial se forjaba al margen de los campos en los que la Iglesia estaba organizada, cuando la clase obrera estaba condenada a vivir en unas condiciones inhumanas, el momento en que ella hubiera debido no olvidar que el Evangelio es también amor al prójimo. Pero, hoy en día, cuando de lo que adolece la civilización es de falta de lo sagrado, es cuando la Iglesia se aparta de lo sagrado.»

En este informe, y en este punto, Druon tiene, pues, razón. Por el contrario, se equivoca al enjuiciar a la Iglesia en una "función de lo sagrado" que haría de los sacramentos cristianos una variedad de los misterios paganos. El cristianismo no es una religión entre otras.

«El segundo problema planteado por Druon se refiere a la cultura. La Iglesia aportaba a nuestra civilización unos valores esenciales. «Ella ha influido en todo, todo lo ha impregnado, todo lo ha marcado. Los esquemas del pensamiento, las referencias de la memoria, los hábitos de la vida, los comportamientos individuales y colectivos, las expresiones artísticas, e incluso el derecho.» Aquí, cultura designa el conjunto de los valores de los cuales vive una sociedad, ciertamente su arte, pero también su filosofía, sus costumbres, y todo lo que se refiere a las relaciones entre los hombres. Pero la Iglesia, actualmente, parece volver a plantearse todo esto. Lo cual no puede dejar de producir desarreglos.

»De nada le sirve a André Mandouze negar que la finalidad de la Iglesia es impregnar la cultura de una sociedad. En el fondo, tiene razón. Druon sí enfoca a la Iglesia desde el punto de vista de los servicios que ella presta a la civilización. Pero se trata de un aspecto secundario. El fin de la Iglesia sobrepasa toda civilización. Está precisamente para enseñarnos que el destino del hombre rebasa toda civilización, incluso la cristiana. Eso es lo que constituye precisamente su mensaje peculiar, sus profundidades únicas, lo que la hace incommunicable a todas las ideologías. Lo esencial es que Cristo ha resucitado y que debemos resucitar con Él.»

No obstante, no falta una intuición legítima en el pensamiento de Maurice Druon:

«Pero la cuestión existe. No se trata únicamente de que la Iglesia abandone ciertas riquezas culturales de su pasado. Es que, además, carece, trágicamente, de «creatividad» cultural en el presente. Puede decirse que la Iglesia se halla ausente en el ámbito de la literatura y de la filosofía y se mantiene al nivel de las ciencias humanas. No profundiza en las normas morales como requieren los grandes problemas planteados por las ciencias de la vida y por la evolución de la sociedad. No proporciona al mundo los templos y las fiestas en los que se expresaría el genio de los artistas.

»En esto, una vez más, va con un siglo de retraso.

»Porque, precisamente hoy el mundo tiene hambre de lo que ella no le da. El mundo moderno manifiesta su eficacia en el plano técnico. Pero necesitaría a quienes pudieran dar a esos instrumentos su sentido humano. El drama de la cultura, hoy en día, es la desproporción entre el altísimo nivel de la cultura científica, y el de una cultura moral, literaria, filosófica, que nunca ha estado tan baja. El mundo espera, no un físico o un sociólogo más, sino un metafísico, un moralista, un pintor, mientras los cristianos abandonan esos ámbitos esenciales de la cultura.

»Lamento que Mandouze no haya comprendido esto. Poco importa que otros detractores de Druon hayan dado pruebas de un soberbio desprecio por la cultura, que la rechazasen como aristocrática, dando así la razón a Nietzsche que acusaba a la pobreza y a la humildad evangélicas de ser destructoras de valores. Desgraciadamente, no hacen más que ilustrar lo que digo. Pero el propio Mendouze hubiera debido de reaccionar de otra manera. Aparte de los defectos que presenta la argumentación de Druon, hubiera debido ser sensible a la parte seria del problema planteado. No se trata aquí ni de arcaísmo, ni de estetismo, sino de calidad intelectual, moral, espiritual. Lo que amenaza a la Iglesia, es dejarse llevar de la superficialidad y la mediocridad de un cierto lenguaje cultural que no hace más que disimular un vacío que está traicionando la profundidad del hombre. Y, en esto, es justo dar la alarma.»

Finalmente, la tercera tesis de Druon:

«La última tesis de Druon es que la Iglesia se equivoca de siglo, cuando dirige su atención a la revolución en vez de diri-

gira hacia el orden. Cuando la clase obrera, dice, se halle sometida a condiciones de vida inhumanas, cuando unos regímenes totalitarios opriman las libertades fundamentales de la persona, cuando unos pueblos que aspiren a la autonomía sean mantenidos bajo dependencia, entonces es cuando la Iglesia debe protestar. ¿Pero, sucede esto hoy en día en un país como Francia? ¿Acaso no está el peligro más bien en los abusos de la libertad, del dinero, de la licencia de costumbres, de la libertad de expresión? ¿No se equivoca la Iglesia al dar, en ella misma, ejemplo de indisciplina, cuando debería contribuir a ayudar a que las libertades se disciplinasen?»

A lo cual, el Cardenal Danielou responde esencialmente esto:

«Druon y Mandouze tienen un punto común. Ninguno de los dos discute que la Iglesia tenga un papel a desarrollar en la política. Pero la cuestión está en saber en qué sentido debe ejercerse esta acción. Es cierto que en la medida que se vea más en la Iglesia el aspecto institucional o el aspecto profético, se subrayará más, que es fuerza de orden o bien que es fuente de «contestación». De hecho, lo esencial es colocar en su sitio ambos aspectos.»

(Lo cual, dicho sea entre paréntesis, no es fácil y requiere mucha matización en estos tiempos en los que se confunde fácilmente el apostolado con la demagogia.)

La conclusión del Cardenal merece ser meditada:

«Después de todo lo dicho resulta que no se ha llegado al fondo del problema. Esto es lo que se puede reprochar del presente debate. Porque al fin y al cabo no se han tratado más que cuestiones marginales de la Iglesia. Si la Iglesia en esos diferentes ámbitos parece fallar en su misión es, en primer lugar, porque está debilitada en su misma sustancia. El verdadero problema está en un cierto debilitamiento interior de la Iglesia, en una crisis de la práctica de sacramentos, en una crisis de la vida interior, en una crisis de vocaciones sacerdotales. Y, detrás de todo esto, como dice Druon con razón, hay una crisis de la fe, de una fe que es certeza y no inquietud. Esta crisis es real y grave. Sería culpable si no lo reconociera. Tiene razón Mendouze, cuando dice que la Iglesia ya se ha visto en otras ocasiones semejantes y ha sobrevivido. Porque el Espíritu está con Ella. Pero también porque ciertos hombres se erguieron para defender la integridad de la fe.»

Esta es la última palabra de este debate significativo e importante.